SANTA MARIA DE VALLDONCELLA

CINCUENTENARIO
DEL NUEVO MONASTERIO
1913–1963

BARCELONA
MCMLXIII

SANTA MARIA DE VALLDONCELLA

SANTA MARIA DE VALLDONCELLA

CINCUENTENARIO
DEL NUEVO MONASTERIO
1913–1963

BARCELONA
MCMLXIII

SANTA MARIA

DE

VALLDONCELLA

CINCUENTENARIO

DEL NUEVO MONASTERIO

1913–1963

BARCELONA

MCMLXIII

Al cumplirse cincuenta años de la inauguración de su actual monasterio, las monjas de Santa María de Valldoncella ofrecen estas páginas.

Xilografía inédita de E.-C. Ricart († 1960) que este artista realizó expresa y generosamente para la Comunidad de Valldoncella.

PÓRTICO

LAS grandes conquistas de la técnica y de la ciencia con sus vuelos espaciales que estamos presenciando, han operado tal evolución en las mentalidades del mundo actual, que a veces uno piensa si los auténticos valores espirituales ya pronto quedarán relegados al olvido o archivados como arrugados pergaminos de la era arcaica que sólo sirven para completar la colección de un buen museo de antigüedades.

El hombre moderno, a este paso, sólo captará lo que entra por los sentidos, lo que es capaz de producirle emociones más o menos vagas —una sinfonía de Beethoven, una obertura wagneriana, una acuarela original, sobre todo si es muy original..., o un buen partido de campeonato final de Liga.

Solamente será capaz de cotizar lo que pueda comprobar con los números o con la probeta del laboratorio, o con las altas y bajas de Bolsa...

La materia está ahogando el espíritu, y parece a veces incluso como si quisiera negar su existencia y sus valores, pero de hecho, la vida del espíritu está muy por encima de lo sensible y material y lo que distingue al hombre —este "microcosmos" como se le ha llamado— del simple bruto que obra sólo por instinto, es esta radical antinomia que lleva impresa en lo

más profundo de sí mismo: su espíritu-finito, que le infundió el Omnipotente con su aliento al crearle a su Imagen y Semejanza.

El hombre porque es espíritu, es capaz de poseerse en autoconciencia y esta posesión le da alas para escalar las cimas de la ciencia y desentrañar toda la riqueza que, en estado embrionario, el mundo ya posee desde que fue creado por Dios, el cual, queriendo al hombre como colaborador suyo en su obra, le ha dotado de una inteligencia capaz de ir ensanchando el campo de sus descubrimientos hasta llegar a los grandes proyectos y vuelos espaciales que admiramos. Mas, como se ha escrito muy bien, precisamente porque es "espíritu-finito" no puede en su libre opción poseerse a sí mismo como algo absoluto y último; aspira a la propia interna plenitud, pero tendiendo simultáneamente a un Valor absoluto que se le impone como norma directora de toda su actividad libre.

Para el hombre que quiere imitar a la langosta, que se sirve más de las patas que de las alas, este Valor absoluto se llama para él: Materia; para el que sabe establecer debidamente la escala de los valores, este Valor absoluto se llama Dios y Espíritu. Entonces resulta sencillísima la inserción de la ciencia y la técnica en la fe, porque al fin de cuentas, todo lo humano como creatura que es, procede de Dios, y como hasta "en la respuesta humana se revela la palabra divina", la ciencia y sus adelantos —respuesta de la criatura que colabora con el Creador— son como una Revelación viviente que debería postrarnos agradecidos y humildes ante el Soberano Hacedor.

¡Qué poco sabe de todo esto aquel pobre astronauta ruso que dijo "que en su vuelo espacial no había encontrado ni visto alas de angelitos"! ¡Cuán diferentemente pensaba el Capitán John Glenn, el primer astronauta norteamericano, quién después de su hazaña espacial, dijo en una espontánea manifesta-

ción de su fe: "...Dios es muchísimo más grande que todo eso y lo sería siempre donde quiera que vayamos..."

Es sumamente consolador comprobar que a pesar de la ola de materialismo que amenaza ahogar nuestro mundo, aún existan muchos espíritus capaces de captar lo sobrenatural y conocer y distinguir la verdadera escala de valores.

Concretamente lo ha experimentado nuestra Comunidad en la fundación de la "Hermandad Cisterciense de Santa María de Valldoncella", personas dotadas de profunda raigambre cívica y religiosa, convencidas como Donoso Cortés de que "si el mundo va de mal en peor, es porque hay más brazos que trabajan que labios que oran"; estimando que "la herejía de la acción" —según frase enérgica de Pío XII— no es precisamente lo que ha de salvar al mundo si no va acompañada de la oración silente y sacrificada de los que se han escondido en el claustro; juzgándonos no como "parásitos de la sociedad" (típico y arcaico calificativo que merecemos para muchos), sino como aquella agua callada y fecunda de unas hermosas estrofas de Amado Nervo. Sabiendo muy bien que sin vuelos espaciales que llenan columnas de periódicos, nosotros, los contemplativos, escalamos cada día el Cielo con nuestra oración silenciosa, se han propuesto nuestros Hermanos, sernos ayuda y soporte, estableciendo con la Fundación de esta Hermandad, como un flujo y reflujo espiritual-material, entre ellos y esta Comunidad cisterciense.

Y la alta estima en que tienen las cosas de Dios, lo demuestran claramente las obras; porque las primeras actividades que han desplegado ha sido en favor de su Casa. Bien pueden ellos cantar con el salmista: "Oh Señor, he amado el decoro de tu Casa y el lugar donde habita tu gloria." En las fiestas jubilares de la inauguración del Monasterio, las paredes de nuestro hermoso templo monacal, que aún conservaban, —ex-

ceptuando el presbiterio— las trazas de la saña de los enemigos de Dios, han sido nuevamente estucadas y nuestra iglesia va recuperando su antiguo esplendor. También le ha llegado su turno al glorioso fundador del Císter, san Roberto, colocado nuevamente en su altar, con gran gozo de la Comunidad.

Quiera el Altísimo en estas fiestas jubilares, en las que elevamos nuestras preces de acción de gracias por su celebración, bendecir copiosamente a nuestros insignes bienhechores y hacernos dignas de la confianza que nos han depositado, realizando cada día con más perfección nuestro ideal del "unum necessarium" y dando al mundo lo que espera de nosotras: el agua callada y mansa que riega y fecunda sin ser vista de nadie...

VALLDONCELLA
Y
LA VIRGEN DEL CORO

Decir Císter equivale a decir también: María. Sólo quien viste la blanca cogulla cisterciense puede comprender lo que encierran estos dos nombres unidos. ¿Qué diremos pues las que vivimos a la sombra del Monasterio de Valldoncella cuyo pasado glorioso está todo impregnado del amor recíproco y predilección de la milagrosa Imagen de la Virgen del Coro?

Acerca de su origen y procedencia, nada cierto se sabe aún, porque la fundación de la Comunidad data de 1237 y esta imagen es probable sea más antigua [1]. Mas, queremos decirte Madre amada, que nos gusta que tu historia se pierda en la lejanía de los tiempos y no sepamos exactamente de donde viniste...

Las únicas noticias concretas y más probables que sabemos acerca de Ti, nos dicen que en una pequeña iglesia de los alrededores pintorescos de Barcelona (Vallvidrera), existía una Cofradía de devotas mujeres que dio lugar a la fundación de la Comunidad cisterciense, y que veneraban allí a una Virgen que llamaban "la Virgen de Valldoncella", pero esto no prueba en absoluto que esta Virgen fuera precisamente este cuadro. Lo único ciertísimo es que la Comunidad conservó el nombre de Valldoncella de la pequeña ermita y que el nombre ha sobrevivido siempre.

Valldoncella rezuma aromas bíblicos, suena al "Cantar de los Cantares", donde el Amado se presenta como "la flor del campo y el lirio de los valles" y las doncellas corren al olor de

1. Actualmente se están llevando a cabo por algunos peritos, concienzudos trabajos para indagar su estilo y procedencia exactas.

sus perfumes... Además ¿Quién no conoce el viejo axioma monástico: "Valles Bernardus: montes Benedictus amabat?"

Lo que también es ciertísimo y no deja lugar a duda, es que las primeras cistercienses, como auténticas hijas de San Bernardo, "el Caballero de la Virgen", profesaban gran veneración a esta Virgen y desde que Valldoncella existe, esta Imagen está tan identificada con la Comunidad que hablar de Valldoncella es hablar de la Virgen del Coro.

El retiro de Vallvidrera era demasiado solitario para ofrecer seguridad a aquel grupo de doncellas; por eso años más tarde se vieron obligadas a dejarlo y se construyeron un Monasterio cerca de las murallas de la ciudad. Dejaron su retiro solitario, pero no podían dejar su Tesoro: la venerada Imagen de María. En triunfal procesión la llevaron consigo para que continuara siendo su Madre y Patrona.

Pero ¿cuál no sería su asombro cuando al día siguiente notaron su desaparición? Mientras las monjas la buscaban en vano y lloraban su pérdida, los campesinos de Vallvidrera se regocijaban de su aparición en la antigua Capilla. Otra vez fue llevada triunfalmente al nuevo Monasterio y según piadosa tradición, el maravilloso suceso se repitió tres días consecutivos. Deshechas en llanto aquellas amantes hijas, se postraron a los pies de su Madre y el cielo les inspiró la idea feliz de nombrarla Abadesa perpetua del Monasterio.

Intima y conmovedora sería le ceremonia. La Comunidad presidida por su Abadesa, depositaba a los pies de la Imagen las llaves del Monasterio y una tras otra fueron a prestarle obediencia. Simbólica y hermosa ceremonia que al cabo de siete siglos viene repitiéndose en cada nueva elección abacial. Cuando la electa ha tomado posesión del cargo y las campanas lanzándose al vuelo ahogan las últimas notas del "Te Deum", recibe aquélla en una bandeja, las llaves del Monasterio y postrándose a los pies de la Virgen del Coro la confirma en su cargo perpetuo de Madre y Abadesa de la Comunidad. ¡Ceremonia digna de ser reproducida en un lienzo!

Ciertamente, con gran solicitud y amor ha desempeñado su cargo. En todas sus necesidades, Valldoncella ha acudido a su Virgen, encontrando siempre ayuda eficaz. En cierta ocasión,

hallándose la Comunidad en circunstancias críticas careciendo hasta de sustento, confiadamente se postraron las monjas a sus pies pidiéndole que como Prelada las socorriese en aquel trance. Sintió enseguida la Abadesa una segura y cierta confianza de que habrían sido oídas y mandó a algunas monjas a las arteras del Convento donde se acostumbraba a amasar y cuál no sería su regocijo al encontrarlas llenas de buena harina, con la que pudieron remediar su necesidad todo el tiempo que duró la carestía.

Pero el mayor de los milagros es la conservación de la Sta. Imagen a través de tantos siglos, habiendo sufrido el Monasterio tantas exclaustraciones, incendios, vejaciones y derribos, ocasionados por las luchas políticas, invasiones y guerras intestinas que han asolado nuestra Patria desde el siglo XV cuando por vez primera vio Valldoncella turbada su paz monacal, hasta llegar la hecatombe roja del año 1936. Puede considerarse como verdadero milagro que la Sta. Imagen no sufriera ningún daño habiendo caído una bomba a pocos metros del lugar en que estaba escondida.

Después de la cruel exclaustración del 1835, llegó la Comunidad a quedar reducida a sólo cuatro monjas, pero siempre vivieron cobijadas bajo esta Imagen venerada, y cuando ha sido preciso abandonar el Monasterio ante inminente peligro las monjas de Valldoncella han corrido presurosas a salvar su Tesoro, como aquellos náufragos que en alta mar luchan con las olas asidos de una mano a la tabla de salvación, pero con la otra sostienen el tesoro que no pueden resignarse a perder.

Y no hemos descrito todavía esta Imagen tan querida para nosotras, descripción por cierto, algo difícil, porque es necesario postrarse a sus pies y fijar la mirada del alma en

aquel rostro tan clemente
que mientras al Niño escucha
te mira dulcemente,

para beber todo su encanto y belleza. Es la Imagen, de pincel, estilo bizantino lo más probable, de medio cuerpo, pintada sobre madera, con relieves y marco de plata. Está inclinada sobre el lado derecho en cuyo brazo tiene al Niño, de manera que la

mejilla de la Madre acaricia la del Hijo que parece le está diciendo algo mientras extiende su brazo derecho sobre el pecho de la Virgen como si fuera a darle un abrazo, de modo que la postura de ambos inspiran ciertamente devoción. Hermosos y a la vez severos son los colores de esta rica pintura, y lo más notable es que parezcan recién pintados al cabo de tantos siglos.

La Virgen tiene el vestido anaranjado como el del Niño y el manto de un azul de Prusia que le da un aspecto regio, con las incrustaciones y franjas que lleva. El Niño es de cuerpo entero, va descalzo y su vestido tiene la particularidad de estar adornado con unos pajaritos dorados que se lanzan al vuelo. ¿Irán a escuchar lo que dice el Niño a su Madre?

La Virgen no ha querido se hiciera a su Imagen alteración alguna, pues según una tradición, quedó ciego en cierta ocasión un pintor que intentaba hacerlo. En nuestra "edad de oro", cuando tantas nobles doncellas, emparentadas con los Reyes de Aragón vestían la librea cisterciense, esta Virgen venerada era objeto de regalos valiosísimos, prueba del amor filial que siempre sus hijas han sentido por ella.

Como su nombre indica, esta milagrosa Imagen ha presidido siempre el Coro de nuestro Monasterio, puesto que es el centro y el imán de la vida del Císter. Todas sus Abadesas se han esmerado siempre en la ornamentación del altar de la Virgen, embelleciéndola rica y artísticamente, sobre todo una de las más ilustres que ha tenido Valldoncella, Domna María Esperanza Roca, aquella alma de temple enérgico, pero que sabía compaginar la firmeza con la suavidad, que pasados los tristes sucesos de 1909 que redujeron a cenizas el antiguo Monasterio, hizo construir el actual de severas líneas, cuyo cincuentenario celebramos ahora con júbilo.

Horas memorables las de aquella dulce tarde del 20 de Mayo del 1913 cuando hizo su entrada triunfal en Valldoncella la venerada Virgen del Coro.

El pequeño grupo de religiosas que se quedó en la "Torre dels Pardals" [1] fue el designado para trasladar el Cuadro de la Virgen,

1. Esta torre situada en la Sagrera, sirvió de clausura interina a la Comunidad desde el 1909 hasta el abril del 1913. No se creyó oportuno trasladar allí

se hallaba hacía algunas horas, a petición de las Religiosas de dicho Convento que quisieron venerar tan preciada Imagen, hasta nuestro Monasterio. Al repique invitador de todas las campanas de la clausura, acudieron alegres las monjas a la portería, ordenándose en procesión con velas encendidas y el corazón más encendido aún de amor a su Reina que entraba a tomar posesión de su nueva Casa. Mas, hecha la entrega de tan preciosa joya por las Religiosas de Jesús-María, y colocada en un coche, los caballos no quisieron proseguir el camino y por más que se les instigase, permanecían en el mismo sitio y daban vueltas hacia atrás. Al tener noticia de ello la Comunidad que esperaba impaciente, creyeron algunas que quizá la Virgen quería que salieran las monjas a recibirla, lo cual no creyó oportuno la Rvdma. M. Abadesa, aunque no estaba aún establecida la clausura en todo su rigor, dispusiendo que se apeasen las Hermanas que iban en el coche y acabasen de subir a pie el poco trecho que les quedaba. Así quiso nuestra Madre celestial, entrar por vez primera en el nuevo Monasterio, en brazos de sus hijas y acompañada en sencilla, pero fervorosa procesión, por algunos amigos de la Comunidad que se habían sumado al acto. Al pisar los umbrales, la Rdma. M. Abadesa, con su fervor y unción acostumbrada, le dio la bienvenida y le ofreció las llaves del nuevo Cenobio que le consagraba solemnemente. A continuación, la Comunidad organizó una procesión conmovedora con el cuadro de la Virgen por toda la clausura, deteniéndose en el Capítulo, donde la colocaron en la silla abacial y se cantó solemnemente la Salve Regina. A continuación quedó instalada en una sencilla mesa adornada en la capilla provisional, pues el esbelto templo monacal, no se acabó e inauguró hasta el 29 de abril de 1919.

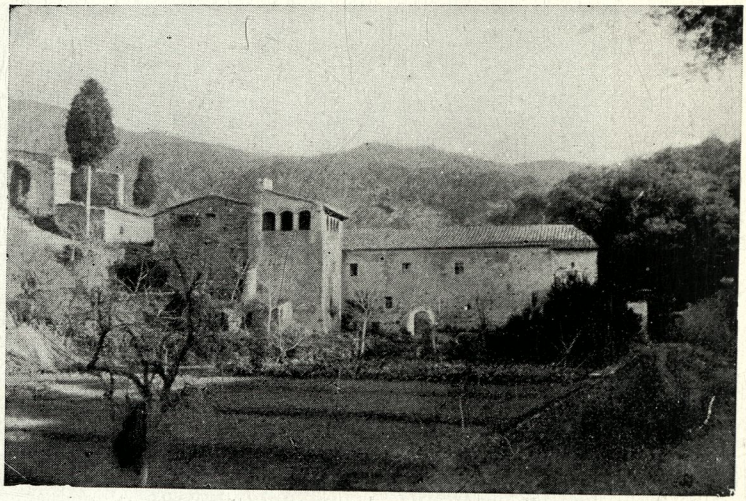
A partir de esta fecha, volvió la Virgen a ocupar su puesto de honor en el Coro en un hermoso y artístico altar con sus lámparas siempre encendidas, altar desaparecido, como es de suponer, en la pasada guerra. Actualmente, la Comunidad ha

la santa Imagen, y quedó custodiada fielmente en casa de Dn. Francisco Suñol Baulenas, hermano de la que era entonces Maestra de Novicias, Domna Margarita María, más tarde Abadesa.

tenido el inmenso gozo de ver otra vez su Virgen en un altar nuevo, esta vez de piedra, severo y esbelto, rematado por el nuevo escudo del Monasterio, esculpido también en piedra. Dos artísticas lámparas permanecen otra vez encendidas todo el día, al lado de la Señora, dos lámparas que son el lenguaje mudo de la veneración filial y eterna que Valldoncella profesa a su Reina y Señora. Ella es la que recibe en el Coro nuestras primeras miradas y oraciones, cuando pisamos por vez primera el umbral de la Casa de Dios. Cantando el salmo "Me alegré sobremanera cuando se me dijo: iré a la Casa del Señor", la Madre Abadesa, acompañada de la Comunidad que les anteceden en procesión, conduce a la nueva postulante a los pies de la Virgen del Coro, orando unos breves momentos. Nuestros ojos quizás todavía llorosos por las conmovedoras despedidas, se encuentran por vez primera con aquellos tan dulces y bellos, y esa primera mirada de María jamás se olvida.

Al celebrar con júbilo el cincuentenario de su primera entrada triunfal en nuestro Monasterio, pidamos a nuestra Reina y Madre que este altar nuevo sea para nosotras el "definitivo" hasta que introducidas por Ella en la región "del Amor, de la Luz y de la Gloria", nos saciemos con la mirada maternal de su virginal rostro glorificado. De esta manera, nuestro querido Monasterio realizará plenamente aquellas palabras que repite la sagrada liturgia en el Oficio de la Dedicación: "Super muros tuos Jerusalem contitui custodes: tota die et nocte non tacebunt laudare nomen Domini" (Responso III de Maitines.)

La Virgen del Coro de Valldoncella



Torre de Santa Margarita en Santa Creu de Olorde, en su estado actual.

LOS CENOBIOS DE VALLDONCELLA

Apuntes históricos

La celebración del quincuagésimo aniversario del actual Monasterio de Valldoncella nos lleva casi de la mano a tratar de los cuatro cenobios que en más de siete siglos de existencia han sido morada de la Comunidad.

Desaparecido el archivo en diversas etapas por tantas exclaustraciones, nos dan preciosa información dos libros manuscritos de notas referentes a Valldoncella, buscadas pacientemente y facilitadas por el Rvdo. D. José Más y Doménech, Beneficiado archivero de la Catedral de Barcelona, ordenadas cronológicamente con las referencias de los archivos de donde proceden, ya que además de los documentos perdidos del Archivo monacal, se encuentran citas del de la Corona de Aragón y de la Catedral de Barcelona.

Buscando los orígenes de la Comunidad, encontramos que la primera vez —que sepamos— que se cita el nombre de Valldoncella, se remonta al año 1147, casi un siglo antes de fundar la Comunidad, en una donación hecha al Monasterio de San Cugat, de un campo situado en "la Vallem que vocatur Donzella". Y la primera noticia de la iglesia de Valldoncella consta en el año 1175 en un legado de 5 "sous" que se hace al presbítero de Valldoncella en donde se venera la Imagen de la "Mare de Déu". Esto es prueba de que en dicha fecha existía en aquel lugar una capilla dedicada a María Santísima y un sacerdote destinado a servirla.

COFRADIA Y COMUNIDAD DE VALLDONCELLA

Llegado el año 1200, hallamos fundada una Cofradía de la Virgen de Valldoncella y en el 1206 la donación de una viuda que se ofrece ella misma y sus bienes a la Casa de Valldoncella en donde había una Comunidad de monjas "Deodatas u Oblatas" de las cuales no tenemos noticia de su fundación. Posteriormente se encuentran otras donaciones, tanto a favor de la Iglesia, del altar, como de la Casa de Valldoncella y de personas que se ofrecen para servir durante toda su vida a Dios y a María Santísima. Nos da más detalles otro documento: es también una viuda que ofrece a dos de sus hijas con sus bienes "...ut saecundum regulam et disciplinam eiusdem monasterii, facta professione et habitu recepto, vivant ibi et serviant Deo omnibus diebus vitae suae, sicut alie sorores eiusdem Monasterii..." Parece que en esta Comunidad se observaba la Regla de San Benito y hecha la renuncia de sus bienes hacían voto de obediencia a un Prepósito que firma los documentos.

En el año 1226 el obispo de Barcelona Berenguer de Palou "concede y da para siempre la iglesia de Valldoncella para que haya monasterio de monjas bajo la Regla y Ordenaciones de San Benito y de la Profesión de la Orden del Císter"; y en lo que se refería a la Regla de San Benito, las puso bajo la sujeción del Abad de Santes Creus —que entonces era San Bernardo Calvó—, reservándose en todo lo demás la autoridad como Obispo de Barcelona.

Pero aunque así quedó decretada, la fundación cisterciense, no se efectuó hasta once años después; sin duda durante este tiempo, se llevarían a cabo los trámites necesarios con la Orden, y la Cofradía sigue recibiendo donaciones que firma el mismo Prepósito.

FUNDACION DE LA COMUNIDAD CISTERCIENSE EN "SANTA CREU DE OLORDE"

Consta como fecha de la fundación del Monasterio Cisterciense de Santa María de Valldoncella, el 4 de noviembre del año 1237, en que de nuevo el Obispo de Barcelona D. Berenguer de Palou, expide una carta (que calcada del original perdido se encuentra en nuestro archivo) en la que consta que "construye y edifica el Monasterio de la Orden Cisterciense en el lugar llamado Valldoncella, situado en nuestra diócesis en el territorio de Barcelona... Salvados siempre para Nos y nuestros sucesores la obediencia, sujeción y reverencia de la Abadesa, que nos será prestada según la fórmula cisterciense..." Siguen a la del Obispo, veintiocho firmas entre canónigos y seglares y a continuación la de la Abadesa y once monjas por mano del presbítero de Santa Creu de Olorde, y finalmente la del notario.

Seis de las monjas que firman el acta de fundación, estaban ya consagradas a Dios en la Casa de Valldoncella, como "oblatas". ¿Serían todas? No lo sabemos; lo cierto es que la Cofradía de seglares continúa y no aparecen más noticias de la primera Comunidad. Podría ser, que dicha Cofradía, tuviera sus bienes propios e independientes del Monasterio, pero regularmente, todas las donaciones y ventas efectuadas después de la fundación, están hechas a favor de la abadesa o en nombre de la Comunidad de Valldoncella.

Según documentos del archivo parroquial de Olorde, el lugar donde se fundó el Monasterio, es la Torre Margarita, situada en la parroquia de Santa Creu de Olorde, cerca de Vallvidrera, conocida hasta el siglo XVI con el nombre de "Casa de Valldonzella la Vella".

No nos ha quedado noticia alguna de cual sería la construcción de este Monasterio, costeado, según parece, por el mismo Obispo que lo fundó; no obstante es de suponer que, dado a la Orden del Císter, tendría las características que precisa dicha Orden.

Poco duró el gozar de este Monasterio fundado con tanta

ilusión por el Obispo de Barcelona D. Berenguer de Palou. En 1259, se encendió la guerra civil de los nobles catalanes contra el Rey Jaime I, y fueron tantos los desmanes y depravaciones efectuados en el Bajo Llobregat, que los vecinos de los pueblos, abandonaron sus casas refugiándose la mayor parte de ellos en Tortosa. Las monjas de Valldoncella, dejaron también su Cenobio y se cobijaron en la ciudad.

MONASTERIO DE VALLDONCELLA DE "LA CREU COBERTA"

Para asegurar la paz que reclamaba la vida de oración, el Obispo de Barcelona Arnau de Gurb, creyó conveniente que las monjas no habitasen lugar tan solitario, y dispuso se trasladasen más cerca de la ciudad, pero conservando el nombre de Valldoncella que siempre más ha guardado la Comunidad. Así, el 28 de agosto de 1263, el Rey Jaime I da autorización a la Abadesa y Comunidad de Valldoncella, para comprar terreno, o aceptarlo si se lo ceden graciosamente, para edificar el nuevo Monasterio en territorio de Barcelona. En efecto, el 21 de octubre, "solemnidad de las once mil vírgenes, se empezó la fábrica del nuevo Monasterio", situado fuera de la muralla de Barcelona, en la parte de poniente, cerca de la "Creu d'en Garballó" en el camino que de la capilla y "portal" de santa Eulalia se dirige a Martorell; lugar que ocupa actualmente la Avenida de José Antonio cruce con la calle Viladomat. Era entonces un campo llamado "la Creu Coberta", propiedad de Arnau Alemany, capellán de la Catedral de Barcelona, quien espontáneamente lo cedió a la Comunidad. En dicha fecha, puso la primera piedra el Rey D. Jaime I el Conquistador, quien además dio 2.000 "sous" y concedió durante 25 años, 50 aureos anuales (50 dobles d'or.) La generosidad que tuvo el "Rei En Jaume" en ayudar a la construcción del Monasterio de Valldoncella, fue para que las hijas de caballeros catalanes nobles, pero pobres, pudiesen tomar el hábito y vivir con la decencia que permitían las rentas que el Rey y sus sucesores, les habían legado, junto

con lo que pudieran dar los padres, llegando a mantenerse cuarenta monjas en el Monasterio.

El domingo 27 de octubre de 1209, víspera de los santos apóstoles Simón y Judas, pasaron las monjas al nuevo Monasterio y se cree tuvo lugar entonces, según afirma la tradición, el milagro de la desaparición de la Virgen del Coro. Habían edificado lo esencial para cobijarse, y a fin de estimular la generosidad de los fieles, al año siguiente, el Obispo de Barcelona, concede indulgencias a los que den limosnas a las monjas de Valldoncella "que están construyendo el nuevo Monasterio". Sin duda se edificaría junto a una iglesia existente, en no muy buen estado, pues en 1323, el Arzobispo de Tarragona, les mandó reedificarla a causa de su "nimiam vetustatem" y concedió también indulgencias a los tarraconenses que les ayudasen con sus limosnas.

Aunque en su testamento el Rey D. Jaime I dejase al Monasterio 300 maravedises, podemos conjeturar de todo lo anteriormente dicho que la situación económica de Valldoncella era muy precaria y se observaba en todo su rigor la pobreza cisterciense. En esta época de escasez, la Comunidad recibió los favores de la multiplicación de la harina y tantos otros que les concedió la Virgen del Coro, a quien acudían con tan filial y confiado amor.

En el siglo XIV y siguientes, empezó el florecimiento económico y la época de esplendor de Valldoncella. Dada su situación fuera de la muralla, servía de apeadero a los Reyes al llegar de sus viajes, mientras descansaban y se les preparaba la entrada en la ciudad. En este tiempo se habían acumulado dádivas y aportaciones de las mismas monjas a las donaciones de los reyes, que tenían en el Monasterio, dependencias aparte para su alojamiento, adornadas con regia suntuosidad, existiendo un patio ante el edificio, dentro del recinto amurallado a donde bajaban las monjas en procesión a recibir a los monarcas, acompañándoles también procesionalmente al Coro, y conduciéndoles luego a su "Casa." En esta época, pertenecían casi todas a la nobleza.

Aunque la estancia en este Monasterio duró 382 años, fue varias veces interrumpida por sucesos bélicos, sociales y la peste que obligaron a la Comunidad a refugiarse en el interior de la ciudad. Parece que la Comunidad tenía en estos casos privilegio de refugiarse en el palacio de la Condesa, en donde estuvieron en cierta ocasión casi tres años, e incluso se hicieron obras para transformar los salones en dependencias monásticas.

En el año 1640 estalló la guerra de Cataluña que duró once años y acabó con la destrucción del Monasterio. Parece que dicha destrucción tuvo efecto en 1652 quedando reducido a un montón de escombros y sólo algunas paredes en pie.

LA COMUNIDAD DE VALLDONCELLA EN EL PRIORATO DE NAZARET

A causa de la carestía ocasionada por la guerra, era muy dificultoso a la Comunidad cobrar los productos de las fincas y propiedades que poseían, teniendo que expropiarse y venderse algunas de ellas "para comprar trigo para el sustento de las monjas y otras personas que prestaban sus servicios en el convento e Iglesia." En este estado tan precario, la Comunidad no podía pensar en reconstruir su derruído Monasterio, y no encontrando casa a propósito para vivir, guardando la clausura que se impuso a la Comunidad en 1611, pusieron los ojos en el Priorato de Nazaret, edificio propiedad de los monjes de Poblet, situado en el arrabal de la ciudad, junto a la muralla, y cerca del "Portal de san Antonio." Pero los monjes de Poblet ponían sus reparos en desprenderse de esta casa; mas, allanadas las dificultades, se la cedieron interinamente hasta que pudieran edificar el Monasterio. Las monjas habilitaron el Priorato de Nazaret, poniéndolo en condiciones de observar la clausura y en el año 1661 se trasladaron a él: tenían una hermosa iglesia, claustro, gran cisterna, y una gruta que llegaba

hasta la otra parte de la muralla, buenos aires y alegre vista. Al instalarse la Comunidad, el Priorato de Poblet dejó su nombre para llamarse Real Monasterio de Valldoncella, como también la calle de Nazaret, tomó el nombre del Monasterio.

Viendo con los años que era imposible la reedificación del Monasterio de la "Cruz Cubierta", empezaron las gestiones, para proceder a alguna permuta con los monjes de Poblet, llegando la aprobación definitiva de la Santa Sede, en 1674, quedando entonces las monjas en plena posesión del nuevo Monasterio de la calle de Poniente. El Priorato de Nazaret se trasladó a la Rambla junto a san José, en donde habitaba el Prior nombrado por el Abad de Poblet. La Comunidad en esta época, quedó reducida a ocho profesas y cuatro novicias, si bien tenían siete aspirantes que vivían dentro de la clausura y asistían a los oficios divinos, y otras siete, que por no tener la edad requerida no podían entrar en el Monasterio.

Siguen unos años de tranquilidad turbados por el temor de la invasión francesa y los disturbios de la Guerra de Sucesión, que obligaron a diversas exclaustraciones; pero desde principios del siglo XVIII gozan por largos años de paz, en que hacen grandes mejoras en el Monasterio, especialmente en la iglesia. Se coloca un precioso retablo, se labra una corona de plata para la Virgen, y el 7 de mayo de 1763, en tiempo de la Abadesa Teresa Pratsanjulià, se efectuó la restauración de la Virgen del Coro por el pintor Francisco Tramullas y el dorador Francisco Petit.

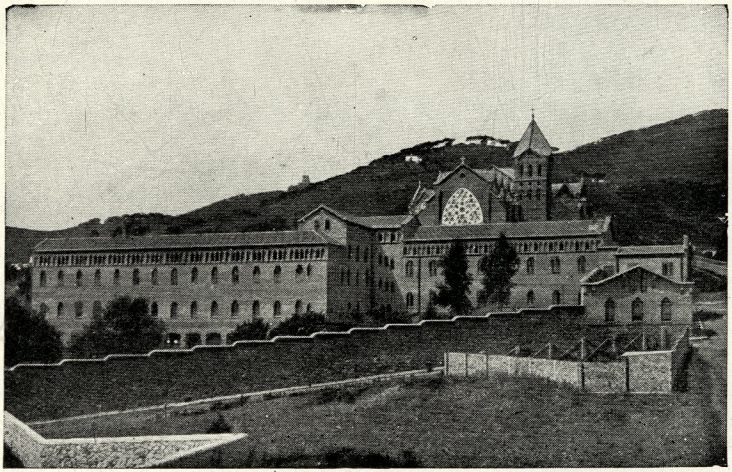
En 1808 entran los franceses en Barcelona; al siguiente año fueron a reconocer el Monasterio que querían para hospital, pero no reunía las condiciones necesarias; mas durante seis años no dejaron de molestarles prohibiéndoles abrir las ventanas que daban a la muralla, obligándoles a quitar el badajo de las campanas, privándoles de sus rentas, etc. y quedaron reducidas a tan suma pobreza que la Junta de Beneficencia les concedió algunas cantidades para socorro en su indigencia. Además el 11 de febrero de 1814 recibieron la orden de abandonar el Monasterio y se acogieron en las Capuchinas de Mataró. Antes de un mes, el 7 de marzo, los franceses empezaron a derruir el Monasterio que quedó completamente demolido, sal-

vándose sólo algunas imágenes, gracias a la solicitud del carpintero y hortelano del Monasterio y algunos vecinos. Esta destrucción fue decretada por estar construido junto a la muralla, lo mismo que otros edificios en iguales condiciones, pues el ejército francés quería hacer un paso o calle militar alrededor del terraplén de la muralla para asegurar las fortificaciones.

Terminada la guerra volvieron de Mataró —probablemente el 1816— y "se aposentaron en una casa propiedad de la Comunidad junto al huerto del Monasterio con mucha incomodidad por ser muy vieja y carecer de dinero para arreglarla..." Esta casa tenía capilla y aderezándola lo mejor que pudieron, a los pocos días tenían el consuelo de tener a Jesús Sacramentado. Llenas como siempre de confianza en su Madre la Virgen Santísima, lograron, a fuerza de muchos sacrificios, reconstruir el monasterio; mas ¿cuál no sería su dolor al anunciarles el 25 de julio de 1835 que debían de nuevo abandonar el convento que con tanto sacrificio lograron levantar? La comunidad se dispersó refugiándose en casas de parientes y amistades y el Monasterio fue entregado primero a la Casa de Caridad, más tarde, destinado a Casa de corrección. Hasta 1847 no lograron posesionarse del Monasterio, pero sólo en parte, y sufrieron lo indecible por tener que compartir el edificio con las reclusas hasta el año 1854 que lo recuperaron íntegramente. Posesionadas nuevamente de su casa, pero completamente transformada, tuvieron que hacer importantes obras, pero por falta de recursos, tanto a la iglesia como al convento no se les dio estilo propio, se trataba de aprovechar todo lo existente, ahorrando cuanto se podía.

El estado de pobreza y el ambiente de persecución no arredraba a las animosas postulantes que acudían a formar parte de la comunidad, deseando llevar con todo el entusiasmo la observancia religiosa y la vida común, que se implantara el 19 de abril de 1853. En 1863, el 14 de marzo entró una angelical aspirante que se llamaba Clara Roca y Roca que con los años debía desempeñar importante misión en Valldoncella.

En la Revolución de 1868 en que el gobierno decretó la supresión de las comunidades, se pudo salvar el Monasterio y en él se acogió la Comunidad de monjas de la Orden de san Juan de Jerusalén, a quienes destinaron el piso superior del



Vista del nuevo monasterio de Valldoncella, tal como fue edificado en 1913. En la actualidad consta de otra ala de celdas.

edificio compartiendo caritativamente ambas comunidades sus días de amargura.

Y llega el 27 de julio de 1909 con la revolución llamada de la "Semana Trágica", en que tuvo lugar la completa destrucción del Monasterio incendiado por el populacho. Se lograron salvar las vidas, pero casi nada más.

ACTUAL MONASTERIO DE VALLDONCELLA

Era entonces Abadesa la citada postulante: su nombre de María de la Esperanza Roca y Roca pasa a la historia al lado de otras grandes figuras abaciales de la Comunidad. Formada y aconsejada por el santo capellán de la comunidad que en aquella ocasión era ya Obispo de Vich, el Excmo. Dr. D. José Torras y Bages, llevó a cabo la construcción del actual monasterio que reúne las características de los antiguos y las ventajas de lo moderno.

Después del incendio del Monasterio de la calle de Poniente la comunidad se acogió a la "Torre dels Pardals", hermosa finca que graciosamente les cedió por todo el tiempo que les precisara D. Manuel Valls, su propietario, interín se construía el nuevo y cuyas obras terminaron tres años después. Así el día 29 de abril de 1913, fiesta de san Roberto, uno de los tres fundadores del Císter, empezó a observarse la vida monástica en el nuevo cenobio, por las monjas de la Comunidad de Valldoncella, que con gran alegría daban gracias al Señor por su nuevo Monasterio. He aquí las palabras de una de ellas: "...entrar en el Monasterio es verdaderamente entrar en la casa de Dios: majestad, sencillez, respeto, recogimiento, es lo que inspira su construcción tan bien ideada, mejor dicho, inspirada por Dios y nuestros Patriarcas a nuestra querida Madre Abadesa. ¡Que Dios nos la conserve por largos años! Trabajamos tanto como podemos y no nos cansamos porque la satisfacción nos da alientos."

Recorridos tan largos años de existencia de esta Comunidad y reviviendo en la conmemoración de este cincuentenario la

alegría de nuestras Hermanas, no creo temerario esperar que en esta fecha todas las que gozan de su premio en el cielo, por la misericordia de Dios, se unirán a las que formamos hoy la Comunidad de Valldoncella y juntas a una sola voz entonaremos el cántico de alabanza y acción de gracias al Señor por tantos beneficios. "Te Deum laudamus..."

DOMNA MARIA DE LA ESPERANZA ROCA Y ROCA

(1844 – 1924)

Es difícil enmarcar en el estrecho límite de estas líneas la gran figura de la insigne abadesa de Valldoncella Domna María de la Esperanza Roca y Roca.

En la visión de conjunto de su personalidad no podemos dejar de reconocer la armonía de gracias físicas y morales con que a manos llenas la dotó la divina Providencia, y el momento oportuno en que la condujo al Monasterio para que estas gracias pudieran tener desarrollo magnífico y lograr como resultado la gran obra que realizó. Pero no menos admirable es la generosa fidelidad con que desde su infancia correspondió a los dones que el Señor sobre ella derramara.

La autora de su biografía la presenta: "Vivísima, inteligente, al mismo tiempo que dulce, sumisa, dócil y bondadosa"; estos rasgos de su infancia la acompañaron toda su vida, lograron el éxito de su obra y labraron las sólidas virtudes, sello de santidad, que fueron la admiración de todos los que con ella trataron y convivieron. En los años de gobierno de la Comunidad dio muestra de una prudencia exquisita y una serena firmeza.

Llegó al Monasterio el 14 de marzo de 1863. El ambiente de tirantez del Gobierno español con las órdenes religiosas, aumentaba el fervor de la Comunidad y agudizó si cabe, más y más el entusiasmo por observar en todo su rigor y detalle las prescripciones de la Orden del Císter y la vida común que algunos años antes se implantara en el Monasterio en toda su plenitud; se gozaban en la sustitución de la música figurada por el canto gregoriano y estudiaban con infantil ilusión sus melodías: era

una época de resurgimiento monástico en la Iglesia en que había mucho que lograr y todas tenían grandes deseos y grandes esperanzas. El Señor miró con benevolencia la buena voluntad de la Madre Roca, oyó sus súplicas y colmó sus anhelos enviando en su ayuda a un generoso cooperador. Designado como capellán y confesor de la Comunidad el Rvdo. Dr. D. José Torras y Bages, que más tarde fue el ilustre y santo Obispo de Vich, tan amado aún en nuestros días de cuantos le conocemos a través de sus recuerdos y de sus obras, fue la persona providencial que con su talento, su santidad y su temple había de cooperar con Domna Esperanza tanto en la formación de esta alma escogida, como en la plasmación del espíritu monástico en las jóvenes que ingresaban en el Monasterio. Largos años la Madre Esperanza fue Maestra de novicias, y al ser nombrada Abadesa pocas eran las monjas que ella no había formado desde sus primeros pasos en la religión, de manera que la Comunidad se hallaba animada de un solo espíritu y de un mismo ideal, factores esenciales para lograr una verdadera unión y fuerza grandísima para cooperar, todas a una, al resurgimiento de la Comunidad.

La Maestra de novicias suele dejar en las almas una impronta imborrable: es la primera confidente, la que ayuda en momentos tan difíciles como el cambiar la vida y costumbres seculares por las monásticas; porque hay que dejarlo todo, pero es preciso llenarse de nuevo, adquirir otros hábitos, otras tendencias, las de la Orden; labor delicadísima que efectúa la Madre Maestra; ella es instrumento de la Abadesa para realizar una función maternal que las ocupaciones de su cargo le impiden llevar a cabo personalmente; es imprescindible que la Maestra esté identificada con ella para inculcar su mismo espíritu. Se comprende que el pasar de Maestra de novicias a Abadesa era lógico y fue del agrado de todas.

Tenía interés especial en inculcar en sus hijas el espíritu de San Benito, y les descubría los tesoros de doctrina que encierra la Santa Regla. Un día en una plática en la sala capitular les decía que la vida del santo Patriarca como la de otros santos antiguos carece de los pormenores que se encuentran en las de los modernos, por quedar ofuscados por los actos portentosos que realizaban y el heroismo de sus virtudes, y nos parece que

estas "vidas" carecen de los detalles de su intimidad, y citando varios fragmentos de la Regla que revelan preciosos rasgos del santo Patriarca llega al capítulo 73 en el que dice San Benito: "Esta Regla hemos escrito para que observándola en el monasterio demos a entender que tenemos alguna honestidad de vida y de costumbres y sepamos que practicándola con la ayuda de Cristo llegaremos a la cima de la doctrina y de la perfección. Este santo no escribió otra cosa que lo que practicó."

Escribió Domna Esperanza algunas obras para ayudar espiritualmente a la Comunidad: unos "Ejercicios de devoción" en honor de San Bernardo, unas "Meditaciones", un "Mes de mayo" que titula "Romerías espirituales" y dedica cada día a visitar un Santuario Mariano, y un librito para los días de retiro que titula "Despertador Monástico", para excitar al alma al perfecto cumplimiento de sus deberes. Se preocupó, además, de que se hiciera una buena traducción de la Regla de San Benito y del Ritual monástico, que con las Constituciones unió en un solo volumen entregándolo a la Comunidad, a poco de habitar el nuevo Monasterio, para que tuvieran a mano lo que estaban obligadas a practicar.

Es evidente que fue un designio especial de la Providencia el llevar a cabo la importante obra de redacción de las Constituciones. Años hacía que se dejaba sentir la necesidad de unas Constituciones claras y sencillas ya que las que habían regido hasta entonces, si bien se tenían en mucha estima, por razón de la antigüedad y de los cambios que consigo llevan los tiempos, en muchos puntos no podían observarse. Muchas fueron las dificultades que tuvo que vencer y parecía casi imposible que pudiera lograr su intento, mas después de numerosas tentativas para buscar quien la ayudara emprendió, debidamente documentada, la obra de ordenarlas por sí misma. No le faltaron contradicciones, pero la entereza de su carácter y la inquebrantable confianza en Dios la hizo salir airosa de su obra mereciendo, años más tarde, la aprobación y que Su Santidad el Papa San Pío X las firmase de su mano.

La Comunidad vivía en emulación creciente por la santidad y dadas las circunstancias de habitar una casa sin condiciones, suspiraba por un nuevo monasterio; éste era otro de los desig-

nios que la Providencia tenía sobre esta alma, y se presentó la ocasión apremiante de la construcción, después del incendio del edificio de la calle de Poniente, en los días de la Semana Trágica. Es otra obra que llevó a cabo con la prudencia, talento y firmeza que la caracterizaban, pues las dificultades, como es de suponer no faltaron, pero con su imperturbable calma y serenidad las sobrepasó, confiando como siempre en la divina Providencia y realizando felizmente la construcción del actual Monasterio cuyo cincuentenario celebramos. Hemos de reconocer el acierto en la elección del lugar de su emplazamiento y en la disposición de su construcción según las características del Císter. La obra fue llevada a cabo por el arquitecto D. Bernardino Martorell, quien además de su técnica y buen gusto puso en ella todo su celo e ilusión; surgiendo este cenobio que fue la admiración no sólo de la Comunidad, sino de cuantos lo visitaban.

Pero lo más importante en la actuación de esta gran Abadesa de Valldoncella fue el saber actuar siempre sin prisas y esperando el momento oportuno. Esto no era un don natural, sino que en ella obedecía a una vida de intensa oración, de unión con Dios, de fidelidad finísima a las inspiraciones divinas a no obrar por el propio impulso, sino impulsada por la voluntad de Dios, y su constancia y su celo siempre activo tenía por base el amor intenso, de todos bien conocido, al Sagrado Corazón, sin desligarlo de la doctrina mística que enseña San Bernardo. También es en una plática en capítulo que decía a sus monjas en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús: "Hijas mías, hace nada menos que 700 años que nuestro Padre San Bernardo dijo: "O quam bonum et quam jucundum habitare in Corde hoc", y comentó el pasaje del Santo explicando cómo se debe habitar y permanecer en el Corazón de Jesús. Hemos de creer que conocía experimentalmente las lecciones que daba, y conocemos cuán grande era el amor que sentía hacia los Corazones de Jesús y de María, amor que durante toda su vida ardió en su corazón y la llevó a realizar las obras que hemos visto, movida por el solo motivo de obedecer a sus inspiraciones.

El Señor que no deja vencerse en generosidad, le recompensó su celo y coronó su trabajo con el éxito, ya que si bien tuvo que

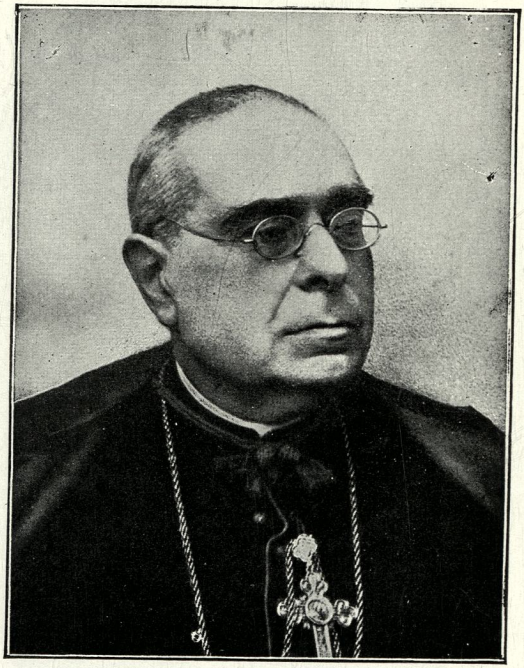
salvar serias dificultades y soportar pesadas cruces, una de las cuales fue su precaria salud y múltiples enfermedades, al llegar al final de su vida pudo lograr ver realizado su ideal, y cuanto el Señor le había pedido. La gloria y su corona para esta Madre sin igual, como para todos los padres, fueron sus hijas; ya que no sólo restauró la observancia cisterciense en su Comunidad, sino que dejó personas capaces de continuar su obra y pudo verse rodeada de ellas al morir.

Si es verdad que el Señor la colmó de cualidades y la colocó en un ambiente propicio para realizar sus designios, como hemos visto, también lo es, que con generosa fidelidad cooperó a la acción divina, e inmoló toda su vida al servicio de Dios impulsada por el amor, realizando el ideal de San Benito de "que en todas las cosas Dios fuera glorificado": "ut in omnibus glorificetur Deus".

El coro es vuestro campo de batalla; os vestís la cogulla como el guerrero antiguo se vestía la coraza o la cota de malla; sois una legión angélica.

Dr. Torras y Bages a las monjas de Valldoncella.

La Rvda. Madre Abadesa
Domna María de la Esperanza Roca y Roca



El Excelentísimo Señor
Dr. Don José Torras y Bages

EL DOCTOR TORRAS Y BAGES Y VALLDONCELLA

Desde que Císter acogió al Abad de Claraval, todas las generaciones le han rendido pleitesía.

Valldoncella le tuvo siempre reverencia suma. Durante su existencia de varios siglos, ha permanecido fiel a sus leyes y ha vivido de su espíritu tan íntimamente, que todas sus glorias quedan reducidas a una: cistercienses.

Si antaño nuestro cenobio hospeda reyes, si se hace intérprete de "Els Consellers", si juega un papel importante dentro de la Historia, si sus miembros pertenecen a una elevada casta social, etc., etc., todo esto no es conocer Valldoncella, como tampoco es conocer el monacato decir que el movimiento monástico de los primeros tiempos, hay que atribuirlo a una reacción y una protesta contra la instalación de la Iglesia en el cuadro del mundo constantiniano. Aunque todo esto sea verdad, no es la causa fundamental ni mucho menos.

Ciertamente que en el claustro sentimos la influencia de la época, que los que llaman a nuestras puertas son a menudo personas excelentemente dotadas, que gozan allá en el mundo del aplauso más completo. Nada de extraño, pues, que en los vaivenes del peregrinar por este mundo tenga el monacato y consecuentemente Valldoncella, una gran influencia en la sociedad de su tiempo. Pero eso no es más que la periferia. Su razón de ser, cala más hondo. Radica en algo más elevado, algo que no está sujeto a nada de este mundo, que no pasa con el tiempo. Es aquella mirada que Jesús dio al joven del Evangelio. Es aquel "Sígueme" indiscutible que lo arrastra todo, que exige venderlo

todo, dejarlo todo. Es pasar totalmente a ser de Cristo, es la Pascua, la victoria sobre el infierno.

Así lo han comprendido los santos, y, con ellos, el Dr. Torras y Bages gloria de la literatura catalana, eminente teólogo y profundo pensador que "li agradava posar el peu pla per evitar caigudes", y que fue el gran restaurador de nuestra Comunidad, ya que confesor, director espiritual, Padre inmediato, por no decir abad, y excelente bienhechor, se concretan en un solo cargo.

No es fácil describir la magnánima figura del hombre perfecto y del santo obispo, que durante cerca de dieciséis años dirigió nuestra Comunidad.

Aquel "sacerdot jove amb cap de vell" como decía el Vicario Capitular, hizo reflorecer las tradiciones de la Orden con todo su esplendor. Revisó el Ritual Cisterciense, ya que debido a las calamidades sociales, tenía mucho que desear a pesar de la buena voluntad y excelentes disposiciones de las monjas. Para ello, no escatima sacrificio. Quiere a toda costa, que sean auténticamente cistercienses. Compara, reflexiona, examina consultando con el Ritual Oficial de la Orden y cuando tiene alguna duda, el prudente director, consulta con la Sagrada Congregación a fin de que Valldoncella sea lo que debe ser ya que su "magis amica veritas" informaba todos sus actos. Una carta dirigida a la Madre Abadesa con tal motivo, es un verdadero tesoro de ascetismo y doctrina edificantísima para nosotras.

Tres veces por semana se sentaba en el confesonario, no para hacer largas pláticas sino para regular el trato del alma con su Dios, siendo breve y preciso. Los primeros domingos de mes les predica el retiro mensual.

Todos los viernes comenta la Santa Regla capítulo por capítulo, con tal unción y sentido práctico como si siendo monje la hubiera meditado y practicado toda su vida. Durante el Adviento y Cuaresma comenta la liturgia del tiempo haciéndolo siempre con toda sencillez, sin aparato retórico. En él, dicen las Crónicas del Monasterio, todo era sencillo, real, práctico.

Inculca a las monjas el celo por la Obra de Dios, procurando que su mente esté de acuerdo con su corazón; les infunde un gran amor a su vocación y a huir del espíritu del mundo: "Les

monges heu d'ésser molt diferentes del que són els seglars; tot a l'inversa del que són les persones del món; heu de canviar tanmateix que si fossiu una mitja al revés". La Rvdma. Madre Abadesa D. Esperanza Roca, dice entre muchas otras cosas, "Volia que fossin com diu san Bernat "una semblança lluminosa" de la humanitat de N. S. Jesucrist", i així complir L'"estote perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est".

Y en otra ocasión: "L'Esglesia procedeix sempre amb reflexió i desconfia d'exaltacions místiques. La santedat no consisteix en un estat neuròtic, sinó en una gran rectitud de totes les nostres facultats i els seus actes envers Déu, amb entera indiferència respecte dels medis que ens hi han de portar, sense voler això ni allò, sinó el que Déu vulgui."

En "dulcis Amicitia" su íntimo confidente Dr. Collell, nos llena de gozo cuando describe el celo que desplegaba en nuestra Comunidad y la correspondencia de las monjas a sus enseñanzas. El poco espacio de que disponemos no nos permite comentarlo, pero es de un contenido bellísimo.

En una de sus expansiones íntimas le dice: "Les missenyores (como él las llamaba) no em donen gaire feina... i podría fer-se de bona gana si totes s'aprofitessin tant com una que n'hi ha de moribunda desitjant en gran manera anar-se'n al cel... espera la mort amb tranquil.litat i consol..., etc."

El caso no sería excepcional puesto que en otra ocasión asistiendo a otra moribunda, debió de sentir el gozo y la admiración que sintió san Gregorio de Nisa ante la muerte de su hermana santa Macrina puesto que el santo director lleno de júbilo al ver el favor y la pureza de aquella alma en un cuerpo agonizante, que había llegado a la edad de monja perfecta por su perfección de amor, entona el "Te Deum" que continúa la Comunidad substituyendo al "Subvenite". El amor excluye toda ley. Se substituye también el blanco por el negro, la misa de "Angelis" por la de "Requiem". La Comunidad peregrina se unía a la Comunidad triunfante, experimentando sólo un eco de la Pascua que celebraba aquella alma que vencía por completo. De aquel miembro que tan maravillosamente bien había cumplido su misión y que les daba una lección tan edificante.

Ahí está el culmen del magisterio del Dr. Torras. Ahí está

también la síntesis de la vida monástica. Ahí tienes Valldoncella tu única razón de ser. El tesoro más valioso que guardas en tus arcas. El único y eterno tesoro. Tu vida ofrecida cotidianamente en holocausto en aras de tu Amado. De la negación de tu existencia toda. De vivir como muerta estando pletórica de vida. De arrastrarte sin fuerzas cuando posees una potencia capaz de elevar al mundo. De morir totalmente para alcanzar la Vida. Ahí está tu puesto. Seguir a Cristo tan de cerca, hasta confundirte con El.

Si te separas de todos es para amarlos más. Si tus rejas son símbolo de una completa alienación es para unirte más íntimamente a todos. Es el beso que se dan la paz y la misericordia, la justicia y la verdad. No te amilanas cuando te quitan el convento porque no posees nada y lo tienes todo. Construirás otro adaptado a la nueva situación. Eres inmortal porque posees al Eterno.

Se sucederán unas generaciones a otras; mas tu permanecerás incólume dando beneficios a manos llenas. Por cada herida recibida reaccionarás con mil beneficios, ahogando siempre el mal con la abundancia del bien. Te darás generosamente a tu prójimo por medio de la oración y del sacrificio como El se te da a ti haciendo que le conozcas y le ames; como se te da en la Sagrada Comunión, puesto que "toda ascesis sin amor no es de Dios", dice San Juan Clímaco, y, "la señal infalible y auténtica de toda vida monástica es tener un amor igual a todos". (San Máximo.)

Valldoncella al recordar cuanto os debe, Dr. Torras, os tributa su admiración, su gratitud, y, os promete guardar con la más exquisita delicadeza vuestras santas enseñanzas.

L'OCELL CANTAIRE DEL MONESTIR

A la memòria de Domna Maria de la Salut Fontbernat

Quina llàstima que el món estigui tan carregat de prejudicis contra nosaltres i que la vida claustrada evoqui la idea d'una presó rònega i monòtona, on els seus habitants hi menen una vida extravagant repetint-se continuament un "memento mori". Per a refutar una concepció tan errònia de la nostra vida, ens sembla oportunissim recordar breument a la nostra bona germana Domna Maria de la Salut Fontbernat, "l'ocell cantaire del Monestir", precisament ara que celebrem el seu cinquantenari.

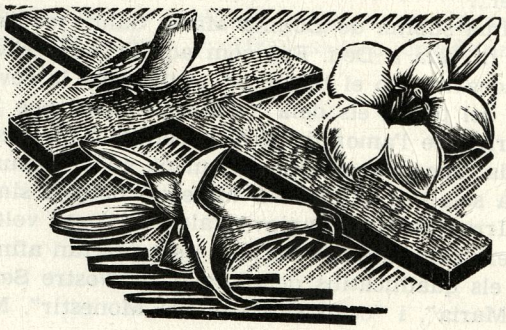
Dotada d'una sensibilitat exquisida unida a una espiritualitat profunda, la seva poesia, tenia la frescor primaveral d'un matí enriolat d'abril i la simplicitat atraient de la infància. Els seus versos, s'assemblen a aquelles floretes multicolors fecundades, en un prat verdejant, per un rierol que mormola dolçament sota l'herbei...

Per l'ànima sublim de Domna Maria Salut, tot cantava, perquè en tot hi veia a Déu. Era com aquell sant vellet que bo i passejant tocava amb el bastó, on estintolava la seva senectut, les floretes del prat i els deia: "Calleu, calleu! que ja us sento que em parleu de l'amor de Nostre Senyor." La nostra germana estimada, encarnava admirablement aquell tipus de santedat austera sols per a un hom mateix i dolça i simpàtica per als altres. Irradiava i contagiava l'alegria al seu voltant perquè el seu cor era com una lira fervent i sempre tan afinada que bé li escauen els qualificatius de "Jotglar de Nostre Senyor", "rossinyol de Maria", i "ocell cantaire del Monestir". Mes, creiem

que la corda més vibrant d'aquesta lira era el seu amor a la Mare de Déu, i concretament a la nostra Madona Bruna. El recull de poesies que dedicà a la Muntanya dels seus amors, ho palesa prou bé, com també la santa il.lusió amb que treballà per veure instal.lada una imatge de la Verge de Montserrat en els jardins del Monestir.

Recobrat el cenobi l'any 1939, el "rossinyol de la Morenet a", entristit per la pèrdua de la "Senyora dels seus amors", no va parar fins a trobar una petita gruta natural sota els pins del nostre joliu bosquet per a instal.lar-hi allí altre volta la Madona Bruna que ella cuidava i hi portava als seus peus la Comunitat per fer-li cantades...

Així fins que el rossinyol poc a poc anà emmudint. Atacada l'any 1941 d'una paràlisi de gorja que se li anà propagant per tot el cos, l'ocell cantaire del Monestir seguia encara cantant amb la ploma fins que literalment parlant, tot li queia ja de les mans. Llavors només sabia somriure... com un infant alegroi que sabent de cert que "ha fet bondat tot el curs" i s'ha sabut cada dia "de cor" la lliçó, espera amb il.lusió el repartiment de premis. I pocs dies després de la inauguració del nou i magnífic sitial que Catalunya ofrenà a la Reina de la seva Muntanya, una dolça tarda de maig del 1947, la Madona Bruna d'aquells "turons que els angelets serraren", vingué a cercar el seu "rossinyol" perquè seguís les seves cantúries al costat dels Serafins.

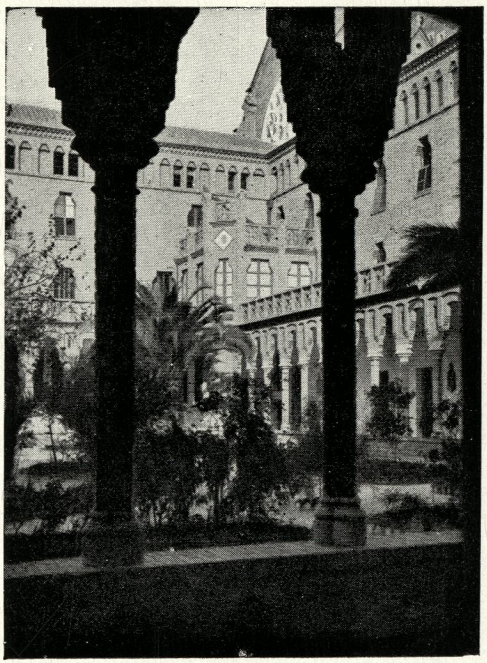


VALLDONZELLA

... del rusc de Valldonzella
perfums i dolça mel.
J. Verdaguer

Ja fa moltes centúries que el rusc de Valldonzella
com diu nostre poeta, dóna perfums i mel,
que és de la gran Barcino la flor més pura i bella,
floreta renadiua que vetlla a l'entorn d'ella
com amorós estel.
Fundat per nobles dames al peu de Vallvidrera,
a la de Catalunya la seva història uneix:
Martí l'Humà, al morir-ne el vol per capçalera
i sa reial Esposa tallant sa cabellera
la cogulla hi vesteix.
La seva llarga vida florí a prop les muralles,
primer a Creu-Coberta, després a Natzaret
i quan el rusc desferen incendis i batalles,
les místiques abelles cullint les engrunalles
refant el seu niuet.
I avui airós s'aixeca llindant la serralada,
voltat de ginesteres, de cara a l'ample mar
i en ell un chor de verges ans d'apuntar l'albada
amb càntics amorosos, meliflua rosada
del cel fa davallar.
Conforten llurs aromes a tots els qui sofreixen,
parteix sempre amb el pobre la seva dolça mel;
i pels qui a Déu ofenen, blasfemen, maleeixen,
aquí de nit i dia l'adoren, beneeixen
i aturen llamps del cel.

Sor Maria de la Salut Fontbernat, S. O. C.



Valldoncella. Una vista del claustro.

UNA VENTANA ABIERTA AL CIELO

Al pie del Tibidabo, cerca de las primeras estribaciones de la montaña escogida como pedestal, desde donde el Divino Corazón, con los brazos abiertos parece abrazar a la gran urbe mediterránea, un campanario hunde su punta graciosa en el azul del firmamento, mientras sus campanas, varias veces al día, recuerdan que dentro de los muros del austero edificio, las hijas de San Bernardo alaban a Dios: es el Cenobio cisterciense de Santa María de Valldoncella.

Cuando la liturgia alfombra con "alleluias" el paso del divino Resucitado Vencedor de la Muerte y del Pecado, estas campanas se lanzarán al vuelo gozosas anunciando un acontecimiento memorable: el cincuentenario de la inauguración del nuevo Monasterio, mientras desde el Cielo se unirá a nuestro júbilo aquella insigne y gran Abadesa que se llamó Domna María de la Esperanza Roca y Roca, la que vio sus sueños realizados después de presenciar con el corazón destrozado en los aciagos días de la "Semana trágica" de 1909, como su Monasterio era pasto de las llamas y la Comunidad se acogía provisionalmente en la "Torre dels Pardals" de la Sagrera para seguir su vida conventual. No intentamos hacer un trabajo de erudición de carácter histórico. (Los lectores lo encontrarán en otras páginas de esta misma publicación). Sólo apuntaremos, de paso, algún pormenor.

El Monasterio, cuyo cincuentenario celebramos con júbilo, sustituyó al de la actual calle Poniente, un rincón entonces del casco antiguo de la ciudad, aquellos rincones de finales del siglo XIX y principios del XX, que no conocían aún la invasión del motor y de la gasolina, ni sabían de estridencias del mundo moderno actual, aquellas calles que rezumaban todavía un poco a casa hogareña...

Ante la perspectiva de la construcción de un nuevo Monasterio, Domna María de la Esperanza Roca, pensó, como es natural, edificarlo en las afueras de la gran urbe, juzgando que sería esto más ventajoso para el ambiente de soledad y silencio que requiere la vida contemplativa. Y en la simpática barriada de San Gervasio, cerca de la Bonanova, surgió este hermoso y esbelto Monasterio, obra del insigne arquitecto D. Bernardino Martorell, rodeado por una hermosa huerta y en su parte posterior por un gracioso bosquecillo de pinos, solaz de las monjas en los días festivos, cuando en las horas libres de silencio, al calor del sol otoñal o primaveral, se instalan con un libro debajo de un pino. Monasterio construído a principios del siglo xx, pero ideado desde su proyección para una vida genuinamente cisterciense; Monasterio que cuando lo vio por vez primera nuestro gran Torras y Bages, antiguo confesor de la Comunidad, exclamó: "¡Gracias a Dios que veo un Convento de clausura estilo antiguo adaptado a la vida moderna!"

Valldoncella visto por vez primera subiendo por las calles estrechas del sur del Monasterio que desembocan en una pequeña explanada dominada por todo el edificio, recuerda el salmo 121: "Stantes erant pedes nostri, in atriis tuis Jerusalem... Jerusalem quae aedificatur ut civitas..." Adosadas a la iglesia monacal las diversas alas del edificio monástico, en su conjunto, recuerdan aquellas abadías de la Edad Media, de aquel "pueblo niño" que supo cristalizar su fe en las piedras de sus Catedrales y Abadías... La Iglesia, dominándolo todo, nos muestra el artístico y caprichoso recortado de sus rosetones, por donde entra la luz solar en el sagrado recinto, una luz tenue y matizada por los colores de los cristales de los ventanales, que satura el ambiente con una atmósfera de mística paz, y acaricia las alas policromadas de los ángeles extasiados que sirven de pea-

na a la Reina del Císter en su gloriosa Asunción que preside el presbiterio, aquel artístico y valioso presbiterio que la horda roja después de profanarlo, convirtió en quirófano y que ahora poco a poco ha ido recobrando algo de su antiguo esplendor; el presbiterio que es en realidad, el foco y el eje de toda la vida monacal, cuando cada mañana se celebra solemnemente la Misa Conventual y la Comunidad con sus blancas cogullas eleva al Cielo las cadencias del dulce y austero gregoriano...

Si la iglesia con su sagrado Tabernáculo es el centro y el imán del Monasterio, su claustro es como el nervio de la vida cenobítica. El claustro es para el alma contemplativa, una ventana abierta al firmamento, es como un lago que refleja el azul del cielo "donde las novicias pasean las alas blancas de cisne de sus velos"; de noche, cuando las calles de la ciudad hierven con su febril ajetreo y su ruido ensordecedor, el claustro es un remanso de paz y silencio donde se asoman los luceros para hablar al contemplativo de lo Inmutable, de lo Infinito, de aquella Vida donde anticipadamente se ha instalado ya... Cuando al final de la jornada monástica, antes de conceder al cuerpo unas horas de descanso en un duro lecho, el contemplativo da una última mirada al claustro bañado por los rayos acariciadores de la luna, su silencio es para él un sedante confortador; es un silencio que suena a "música callada y a cena que recrea y enamora", como dice el místico de Duruelo. De día, siendo el claustro el punto convergente de casi todas las dependencias monásticas, es como el corazón que ausculta el latir de la vida cenobítica, es el vigía fiel que sigue el horario de la vida de trabajo y oración conventual, es el que acoge cariñosamente a la Comunidad en el lapso de tiempo de recreo que una vez al día se concede al espíritu para que en este rato de santo y fraternal esparcimiento adquiera nuevo vigor para completar la tarea diaria monástica. El claustro es la concha que recoge el suave y dulce eco de las campanas cuando "desde la tierra los hombres avisamos al cielo que vamos a empezar a rezar", según la hermosa frase del cisterciense Fray María Rafael; en el claustro resuena también el repique lento y un tanto melancólico, pero impregnado de esperanza escatológica, de las campanas que anuncian que un morador de la Casa de Dios ha

llegado ya al puerto y ha entrado en la Eternidad... El claustro recoge también, como en turíbulo de incienso que sube al cielo, las melodías gregorianas o las súplicas de las letanías en las hermosas y austeras procesiones monásticas, mientras los pájaros nos acompañan con sus trinos. El claustro, después de la iglesia y de la celda, es sin duda, el lugar más amado del contemplativo. Y cuando visitamos un claustro gótico o románico de un monasterio antiguo, ante sus capiteles y sus piedras centenarias o milenarias, experimentamos la sensación de encontrarnos ante algo casi sagrado...

El claustro de Valldoncella no tiene ni capiteles ni arcos góticos de la Edad Media, ni piedras de aquellas que han resistido el embate de los siglos y son un monumento de mística teología encarnada en la piedra. Nuestro claustro construido en el siglo XX es moderno, sin pertenecer a ningún estilo concreto y determinado. Mas, no por esto está desprovisto de belleza arquitectónica, y aunque joven, sabe hablar de intimidades y tiene para nosotras el atractivo y el sabor de casa solariega. Pero el mejor atractivo de nuestro claustro es la Imagen del Divino Corazón rodeado de parterres que colocada sobre un pedestal de piedra, sirve de remate al surtidor del centro; un Corazón sagrado que nos tiende sus brazos como si nos repitiera constantemente: "El que tenga sed, que venga a Mí, y que beba".

Cincuenta años lleva ya el nuevo Monasterio de Valldoncella, acogiendo a dos o tres generaciones de cistercienses que vinimos aquí para saciarnos de esta agua divina... Cincuenta años que ahora conmemoramos con gran júbilo. Porque memorable debía ser aquel 29 de abril de 1913, fiesta de san Roberto, fundador del Císter, cuando la Comunidad empezó a trasladarse desde la "Torre dels Pardals", su clausura improvisada, al nuevo Monasterio tan bien situado, dominando la ciudad bañada por el Mediterráneo como una Jerusalén celeste que mira desde lejos la tumultuosa Babilonia...

Oportunísima fue la elección de la fecha: San Roberto, que tanto sabe de demoras y esperas, él, aquel monje de carácter fogoso y ardiente que tenía que resignarse viendo como sus ideales encanecían al mismo compás que sus cabellos, ya que

hasta entrado en vejez no pudo verlos realizados. El insigne fundador del Císter, ofrecía a la Comunidad de Valldoncella en su fiesta un Monasterio muchísimo mejor que el que habían perdido. Aquel día sí que podían cantar gozosamente con el Profeta: "Los que en llanto siembran en júbilo cosechan. Van tristes llorando, los que llevaban la semilla para arrojarla. ¡Vendrán alegres, jubilosos, cargados de sus haces!" (Salmo 125.) Ya no queda en la Comunidad, ninguna de aquellas Hermanas que vivieron aquellas horas solemnes, pero al conmemorarlas, nosotras ahora, sentimos la misma emoción como si las hubiésemos vivido: tan fuertes son los lazos que nos unen con nuestras venerables predecesoras que desde el cielo nos acompañan en estos días de júbilo.

Mas ¿cómo podían presentir entonces que antes de cumplir sus Bodas de Plata, se repetirían en mayor escala aún los vandálicos sucesos del 1909 y nuevamente tendría que abandonar la Comunidad esta mansión de paz para refugiarse, esta vez en el extranjero? Efectivamente, al cumplir su 25 aniversario (año 1938), el Monasterio llevaba ya dos años convertido en Preventorio Municipal, después de haber sido saqueado, profanado y casi deshecho, pues apenas pudieron reconocerlo las que lo abandonaron, al recuperarlo en el año de la Victoria.

No fue cosa fácil conseguir que Valldoncella recobrara su fisonomía monástica. Pero el tesón y el amor a la vocación todo lo pudieron en los difíciles años de la post-guerra y con la ayuda del Cielo, paulatinamente lo hemos conseguido, a imitación de aquella inmensa falange de cistercienses que nos han precedido durante los siete siglos de vida monástica de Valldoncella, y que supieron también de horas amargas y pruebas inauditas: aquellas cistercienses de nuestra "edad de oro" de las que cantaba nuestro inmortal vate Verdaguer:

"Lo real monestir de Valldonzella
no es una meravella,
mes es un rusch tot ple de mel d'amor.
Les abelles que en son dolces pubilles
son de Bernat les filles
esposes de Jesús nostre Senyor.

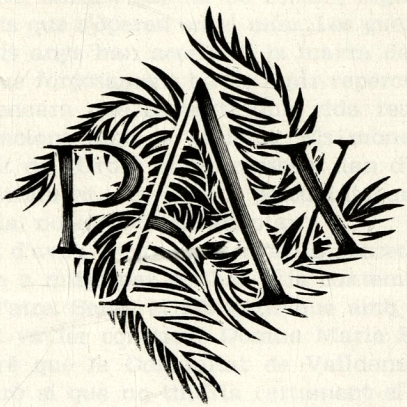
Vingué de Claraval l'ideal místich
envolquellat ab nou ropatge artistich
celistia d'eix estel;
la linia es decantá cap a l'altura
frescoya, neta, voladura y pura:
l'arch se rompé per axecar-se al Cel!
.....
Son totes elles nobles
de parentiu alguna d'ella ab doble
llaços unida als prínceps d'Aragó,
que a l'entrar y sortir de Barcelona
s'hi aturen una estona
y es torna'l monestir real maysó".

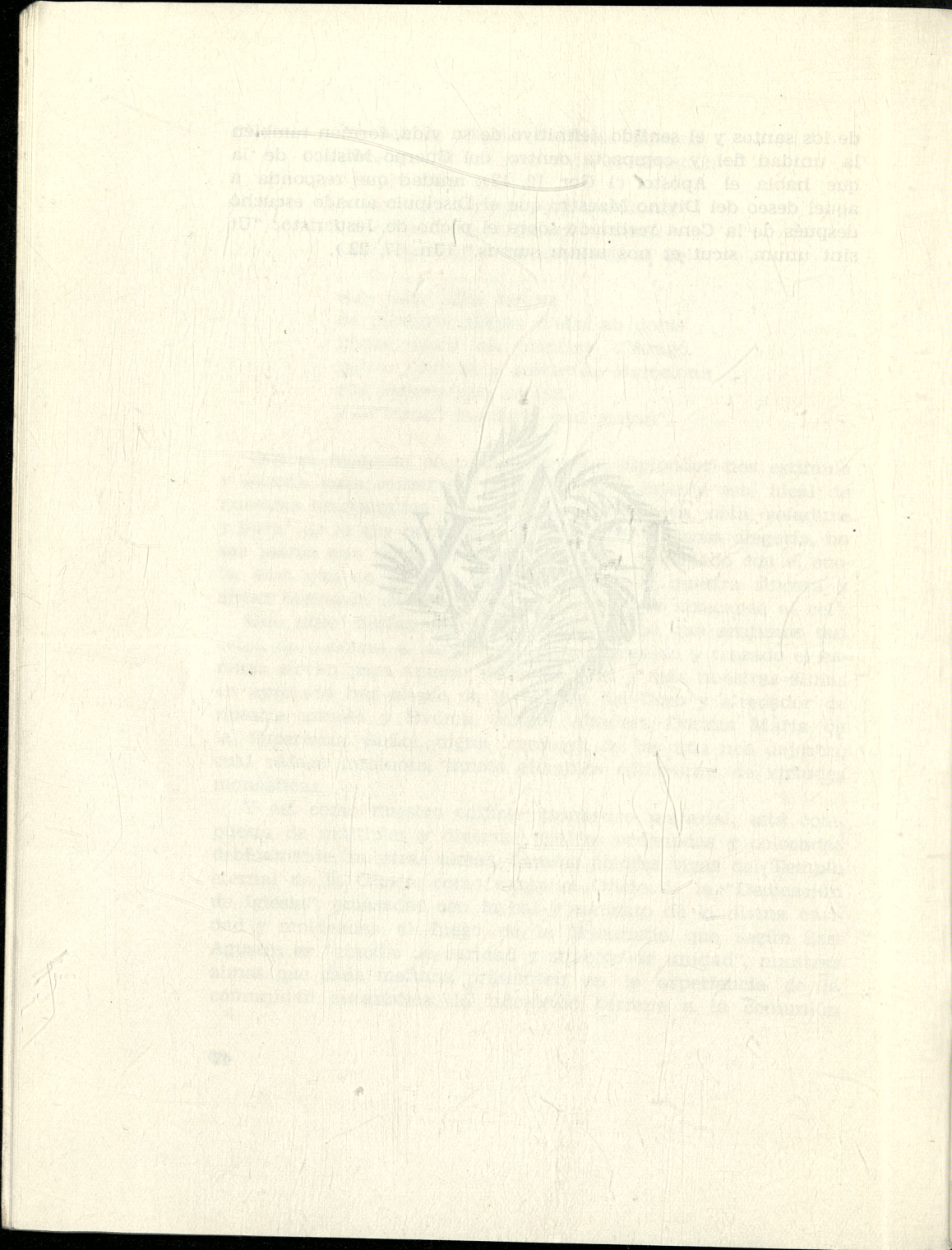
Que el recuerdo de nuestro pasado esplendor nos estimule y aliente para conservar siempre vivo y latente este ideal de nuestras antepasadas. Que esta línea "frescoya, neta, voladura y pura" de la que habla nuestro poeta en hermosa alegoría, no sea jamás una línea horizontal que roce demasiado con el suelo, sino que en sentido vertical, índice de nuestra sincera y eficaz búsqueda de Dios, rompa el arco "per aixecar-se al cel".

Que estas fiestas conmemorativas en las que sentimos tan cerca de nosotras a las que nos han precedido y trazado el camino, sirvan para anudar cada día más y más nuestras almas en apretado haz al pie de la Virgen del Coro y alrededor de nuestra amada y Rvdma. Madre Abadesa Domna María de la Esperanza Suñol, digna sucesora de las que nos dejaron, cual ráfaga luminosa, tantos ejemplos edificantes de virtudes monásticas.

Y así como nuestro edificio monástico material, está compuesto de múltiples y diversas piedras ordenadas y colocadas debidamente, nuestras almas, futuras piedras vivas del Templo eternal de la Gloria, como canta el Oficio de la "Dedicación de Iglesia", amasadas con la cal y cemento de la divina caridad y moldeadas al fuego de la Eucaristía, que según San Agustín es "vínculo de caridad y símbolo de unidad", nuestras almas que cada mañana presienten en la experiencia de la comunidad eucarística, la iniciación terrena a la comunión

de los santos y el sentido definitivo de su vida, formen también la unidad fiel y compacta dentro del Cuerpo Místico de la que habla el Apóstol (1 Cor. 12, 12), unidad que responda a aquel deseo del Divino Maestro que el Discípulo amado escuchó después de la Cena reclinado sobre el pecho de Jesucristo: "Ut sint unum, sicut et nos unum sumus." (Jn. 17, 22.)





VALLDONZELLA, AVUI

Els monestirs, encara que no ho sembli, segueixen les evolucions, els canvis que s'operen en el món. Les guerres, els invents d'aquests últims anys han accelerat la marxa de l'evolució amb un ritme tal que forçosament ha de tenir repercussió en la vida claustral, on encara que es porti una vida retirada no s'està exempt de relacions amb la societat. Els monestirs, guardant sempre l'esperit de l'Ordre que professen, han d'adaptar-se a la seva època, altrament les noves postulants que porten l'emprempta del dia, no es podrien adaptar.

La joventut d'avui, encara que aspiri a l'ascetisme de la vida del Císter, com a mitjà per arribar a la contemplació, busca la llum, el sol i l'aire. Sense el Monestir que amb tanta oportunitat com encert va fer construir Domna Maria Esperança Roca i Roca, no diré que la Comunitat de Valldonzella no hagués sobreviscut, però sí que no tindria certament el nombre de vocacions que avui dia compta. En efecte, bastit a Sant Gervasi, entre el Passeig de la Bonanova i l'Avinguda del Tibidabo, és una construcció que reuneix les característiques que demana la vida d'avui. Es buscà un quadrat de la urbanització de l'eixampli, que per la pendent del terreny es traçà més gran que els altres; per tres costats l'edifici està aillat del mur del clos i rodejat d'horta per la part de la ciutat i d'un bosquet de pins per la del Tibidabo; el quadrat del claustre es espaiós i ampliat per una terrassa damunt de les quatre galeries d'arcades; l'edificació de dos pisos de cel.les s'aixeca en tres costats deixant lliure el que dóna a migdia per donar ample pas al sol que a una hora o altra entra per totes les finestres. L'església feta pocs anys

després, té la mateixa amplitud i el mateix estil del Monestir: seguint les ordenacions del Císter s'aixeca sobre una planta de creu llatina; el cor de les monges està emplaçat en el braç llarg, els fidels en el creuer; gran finestrals li donen abundor de llum suavitzada pels alegres colors de les vidrieres.

Va fer una gran obra Domna Maria Esperança Roca, però sabé també buscar bones monges que l'ajudessin; elles foren les que completaren la seva activitat en els darrers anys de la seva vida i la continuaren després. Foren la secretària, Domna Maria Gabriela Rogers Mattí, qui amb el seu talent i possessionada del seu càrrec mantenia comunicació amb els monestirs de l'Ordre i amb zel extraordinari es preocupà de buscar els elements bàsics per a la restauració de l'observança del Císter en la Comunitat, i Domna Maria Margarida Suñol Baulenas, la celerària (antic nom que s'ha conservat tradicionalment en l'Ordre i que equival al de procuradora en el llenguatge modern): aquesta era expressa per al càrrec que tenia; amb la seva vivor, diligència i bondat s'ocupava de tot el que feia referència a la vida econòmica de la Comunitat, i va tenir molta part en la distribució de les dependències al construir-se el Monestir. Bona i maternal, substituí a Domna Maria Esperança en el govern de la Comunitat, amb gran habilitat, durant més de 21 anys, veié en l'any 1936 saquejat i incendiat el Monestir que tant estimava, passà a Milà alguns anys de la guerra amb bona part de la Comunitat i de tornada tingué el consol de veure l'afluència de nombroses i prometedores vocacions.

La seguí en el càrrec la que també durant molts anys havia estat celerària Domna Maria Montserrat Reverter i Roca, de la família de Domna Esperança. Elegida Abadessa, tingué d'habilitar el trossejat Monestir, convertit en Preventori Municipal, per hostajar degudament a les monges; sense mitjans econòmics, amb les dificultats de la post-guerra. La caracteritzà en tots els seus actes un aire de senzillesa franciscana que, sens dubte, li infongué el seu patró de baptisme. Era austera amb ella mateixa, però bona i amable amb els altres; en aquest temps començà a organitzar el treball per subvenir a les necessitats econòmiques de la Comunitat, i després de passar sis anys molt difícils, clogué el seu abadiat amb una mort dolça,

serena i plena de grandesa enmig de la seva gran senzillesa de sempre.

Domna Maria Esperança Suñol Figueras, neboda de Domna Margarida, a qui el Senyor ha reservat dies memorables en la història de l'Ordre i del Monestir, la substituí en el càrrec. En els seus anys de govern s'ha estructurat l'evolució que havia emprès el Monestir. El treball ha quedat concretat en un taller d'ornaments litúrgics, però com que en una comunitat nombrosa hi han diferents aptituds a desenrotllar, s'instal.là una impremta, i alguns anys més tard s'inicià l'avicultura que s'ha incrementat darrerament. Per altra banda, l'esperit intern de la Comunitat s'ha rejovenit més encara. Avui el treball manual ha d'anar aparellat amb l'intel.lectual, cal cultivar l'estudi, i en el Monestir, a més de conferències espirituals es reben, quan cal, lliçons de llengua llatina, de litúrgia, de cant gregorià. Seguint el moviment litúrgic que inicià l'Ordre Benedictina, es viu plenament aquest esperit, no prenent la litúrgia com un codi de pràctiques externes del culte i de cerimònies de l'Ofici Diví, sinó vivint la renovació dels Misteris de Crist a través de les solemnitats de l'any litúrgic, amb tota amplitud, i buscant en aquesta font de vida, la gràcia, la saba sobrenatural i la santificació.

L'Església ha aconsellat les federacions de monestirs a les Ordres monàstiques, i amb el degut assessorament i cooperació dels monjos de Poblet, nostres germans d'Ordre, s'ha organitzat la "Federació de monges cistercenques d'Espanya" de la qual és Presidenta la nostra Mare Abadessa. El nostre Monestir ha estat constituit "Casa de Formació" i en ell s'hi hostatgen en dies de "Congressos" o de "Cursets" els membres del monestirs de les altres comunitats federades. Valldonzella és també la seu del "Noviciat comú".

×

Valldonzella ha crescut, és cert, i té una missió a acomplir que li confia la Divina Providència per mitjà dels Superiors de l'Ordre. Per reexir i seguir endavant compta amb l'impuls inicial dels seus remots fundadors, el bisbe de Barcelona Berenguer

de Palou amb la col.laboració de Sant Bernat Calvó i Na Berenguera de Cervera, la primera Abadessa, i sobre tot amb la protecció de Maria Santíssima que sempre ha ostentat en el seu segell la Comunitat. Seguint l'exemple de tantes generacions de monges que sempre han guardat ben alt el nom de Valldonzella, la Comunitat vol aportar avui tot el seu entusiasme, el seu dinamisme i el seu treball per seguir endavant aquesta obra que, fa més de set segles, fou començada.

INDICE

Págs.

Pórtico 7

Valldoncella y la Virgen del Coro 11

Los cenobios de Valldoncella 17

Domna María de la Esperanza Roca y Roca 27

El Doctor Torras y Bages y Valldoncella 33

L'ocell cantaire del Monestir 37

Valldonzella 39

Una ventana abierta al cielo 41

Valldonzella, avui 49

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA ABADÍA DE POBLET, EL DÍA 26 DE ABRIL, VIGILIA DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT, DEL AÑO DEL SEÑOR 1963.

✠

Depósito legal T. 316 – 1963.